

# ¿REVISTAS, PARA QUÉ?\*

*Clara E. Lida*

**L**a pregunta del título no es casual ni retórica, sino producto de algunas reflexiones que, con base en mi experiencia personal, me gustaría compartir aquí. En mis cursos de doctorado sobre historiografía contemporánea de los movimientos sociales, más de una vez he pedido a los estudiantes que, según sus intereses particulares, presenten un trabajo de seminario apoyado en la revisión de lo que se ha publicado en los últimos años en las revistas especializadas, prestando atención no sólo a los artículos monográficos, sino también a las discusiones y a los debates teóricos, así como a los historiográficos y metodológicos que tienen lugar en sus páginas. Además, los insto a que en esa revisión se detengan en la sección de reseñas, sepan qué se publica en el campo y aprendan cómo enfrentar un libro con una lectura informada y crítica, descubriendo lo nuevo y valioso de una aportación y entendiendo cómo la reseña más rica es aquella que cuestiona y construye sobre la base de un texto y no la que meramente descalifica.

---

Esta ponencia fue presentada en el Encuentro de revistas "Las revistas académicas y los debates contemporáneos", celebrada en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, del 8 al 10 de marzo de 2000.

Confieso que siempre que pido este ejercicio, lo hago con un particular entusiasmo, pensando en cuánto me gustaría a mí tener tiempo para hacerlo más a menudo. Sin embargo, nunca deja de sorprenderme que ante esta tarea muchas veces surja entre los estudiantes la pregunta: ¿revistas, para qué?

Responder a esta pregunta no siempre es fácil. Nosotros mismos, cuando nos asomamos a la sección de revistas académicas de una biblioteca universitaria, a menudo nos desanimamos al constatar en muchas de las revistas, la repetición y la monotonía de los temas y de los enfoques, el escaso repertorio bibliográfico y de fuentes, la dificultad en formular nuevas preguntas y de apuntar nuevas respuestas, la resistencia a la discusión como intercambio crítico y no como improperio o descalificación, la sintaxis torturada y la estructura inconexa. En otras palabras, más de una vez nos sorprendemos ante la banalidad de los contenidos, la ausencia de definición de una publicación, la incapacidad de ejercer el diálogo y la resistencia de la escritura a ser descifrada. Al cabo de un buen rato de hojear muchas de las publicaciones periódicas que aparecen en las estanterías también nosotros a menudo acabamos preguntándonos: ¿revistas, para qué?

De esta perplejidad únicamente nos rescata el acercamiento a esas revistas que con el solo índice ya nos introducen a lo desconocido como un reto a la inteligencia que a la vez expone y propone, cuestiona y explica, ahonda y expande nuestros conocimientos. Y todo esto con contribuciones que poseen una precisión conceptual a la par que un estilo claro, cuando no elegante; un rigor analítico a la vez que una riqueza teórica; la seguridad de conocer el terreno propio sin incomodarse al incursionar en el ajeno; el manejo de la propia disciplina sin temor a adentrarse en aquellas que la cuestionan, complementan y enriquecen.

En síntesis, a la pregunta tan frecuente de ¿revistas, para qué?, cabe una sencilla pero nada simple respuesta: para pensar y repensar la historia, para cuestionar nuestras certezas, para poner la historia a debate, para abrirnos a nuevos tiempos, nuevas reflexiones y nuevos horizontes teóricos y epistemológicos, y

---

para descubrir modos diversos de comprender la historia como un diálogo inacabable con el conocimiento.

Si todo lo anterior resulta tan central cuando uno es un mero lector curioso, libre de toda responsabilidad en la confección de esas publicaciones, ¿cómo no lo va a ser más cuando se tiene la nada envidiable responsabilidad de crear ese complejo producto intelectual que es una revista? Nuestros colegas de la Junta Editora de *Op. Cit.* han enfrentado éste y otros dilemas, y conscientes de su responsabilidad ante esta publicación, al cabo de varios años de sacar adelante esta empresa han concluido que esta revista debe entrar en una nueva etapa. Precisamente por ello, nos han convocado en estos días para hablar de cómo debe ser una revista académica dedicada a la historia y de cómo hacer para que ésta se desarrolle a la vanguardia de su especialidad.

Yo no sé si puedo responder a estas interrogantes. Lo que sí puedo saber por mi experiencia como directora, asesora y lectora de revistas académicas es que no hay recetas universales, pero que sí hay lecciones importantes que se aprenden al enfrentar los obstáculos inherentes a toda empresa editorial, así como varias enseñanzas fundamentales que se desprenden de quienes han logrado encauzar una publicación periódica a buen puerto. En otras palabras, que en la mejor preceptiva de los clásicos, muchas veces la mejor manera de aprender es a través de los ejemplos. En este sentido, pensemos en algunos nombres. Obviamente, sería injusto, estando en esta reunión de editores de revistas famosas mencionar algunas de ellas sin mencionarlas todas. Pero creo que salvando las que están aquí representadas, podemos pensar, sin temor a herir ninguna susceptibilidad, en algunos títulos famosos de revistas muy distintas entre sí: *Past and Present*, en Inglaterra, *Annales*, en Francia, *The American Historical Review*, en los Estados Unidos, la *International Review of Social History*, en Holanda.

Todas estas revistas comparten varias cosas en común, aunque mantienen identidades propias. Ante todo, responden a un claro proyecto historiográfico que, de número en número, permite delinear los propósitos y objetivos metodológicos y teóricos de la publicación en su práctica de la disciplina, propugnando siempre una firme conciencia de que la historia es, a la

---

par, investigación y reflexión, datos y problemas, comprobación y teorización. En otras palabras, estas revistas comparten una misma preocupación sostenida por expandir los horizontes de la investigación histórica, sin renegar del diálogo con otras disciplinas y la convicción de que el tiempo y el espacio histórico no son fronteras y límites infranqueables sino vínculos y simultaneidades con otros espacios, tiempos y desarrollos.

De éstos y otros modelos podemos recoger numerosas lecciones sobre cómo ha de ser una revista. Yo sólo resumiré en unos cuantos puntos de índole diversa algunas de estas lecciones.

1. Una primera enseñanza es que una revista debe estar abierta a todos los aires que oxigenen el conocimiento histórico, a través del intercambio crítico con otros conocimientos, no con el afán o la pretensión de una totalidad que acabe confundándose con una “todología”, sino con la conciencia de un conocimiento y un método obligadamente parciales y provisionales que se deben alimentar de otros conocimientos y métodos —con la esperanza de que también éstos, a su vez, se puedan nutrir de la historia. En otras palabras, una revista debe fomentar un diálogo obligadamente comparativo, donde lo particular se contraste con otros particulares y con lo general, buscando así explicaciones más complejas por más profundas y abarcadoras.

Pero eso sí, hay que tener muy presente que receptividad no es pasividad, y que abrirse a todos los aires de ningún modo significa que una revista sea un cajón de sastre donde todo tiene cabida, aunque nada tenga un lugar. En otras palabras, para que una revista se distinga y prospere debe tener un proyecto muy claro y definido —o, como gusta de decirse ahora, una revista debe tener una *agenda*— que defina los objetivos teóricos y prácticos en los cuales se sustenta la razón de ser de esa publicación.

2. En este proyecto queda claro que una revista debe aspirar a servir de foro, abierto a las mejores cabezas en el cam-

---

po, sea cual sea su origen institucional y nacional. En este sentido, las revistas no se pueden concebir como órganos de difusión privados de tal o cual departamento o centro, ni como una publicación al servicio de un pequeño grupo colegial, ni ha de sojuzgar el trabajo intelectual a intereses caseros o particulares. Por el contrario, toda revista universitaria debe garantizar la calidad intelectual y la independencia de criterio que, por antonomasia, debe guiar a una universidad.

3. De lo anterior se deduce que la dirección de una publicación periódica debe mantener un compromiso indeleble con el proyecto intelectual de la revista, y debe entregarse a su tarea del modo más amplio y menos provinciano, obteniendo o seleccionando las colaboraciones del más alto nivel dentro de la disciplina, fomentando la riqueza y multiplicidad de enfoques, sin chauvinismo ni capillas, y buscando los enfoques y perspectivas que fomenten el diálogo más abierto y más enriquecedor. Sin duda, esta dirección debe pensar, además, en las nuevas tecnologías que permiten abrir una revista a públicos más amplios.
4. Es evidente que una dirección así implica un exceso de obligaciones y de decisiones. Es por ello que las revistas más destacadas consideran imprescindible la presencia de un consejo asesor que ayude al trabajo profesional de la dirección y contribuya a definir con claridad el perfil particular de la revista. Otra función de este comité debe ser también evaluar y revisar periódicamente los derroteros seguidos y, cuando sea necesario, sugerir rumbos nuevos o distintos.
5. Esta labor, sin lugar a dudas, requiere del *input* intelectual de evaluadores de alto nivel que sepan juzgar y seleccionar cada colaboración. Es decir, lectores exigentes, ajenos a intereses particulares o de capillas, que colaboren con su inteligencia y conocimientos a sostener de modo crítico la calidad que se requiere en una publica-

---

ción. El objetivo parece simple, pero es muy complejo: se trata de dar a conocer trabajos novedosos, sustentados en una investigación rigurosa y precisa, que entablen un diálogo renovador con la disciplina. Y todo esto con un estilo claro y exacto.

6. Esto último conlleva, finalmente, reconocer que una revista no funciona sólo por la buena voluntad y dedicación de una dirección ni de un comité editorial, sino que también es imprescindible que una empresa académica de esta envergadura cuente con un excelente revisor de estilo y con un equipo técnico de redacción, en el cual sus miembros posean un conocimiento de cuestiones editoriales y un sólido manejo de las nuevas tecnologías y sepan vigilar el cuidado tipográfico y literario con verdadero amor por el oficio (pero eso sí, sin confundir sus responsabilidades con las de la dirección, ni suplantar las voces de los autores). En otras palabras, hay que pensar que la presentación se trate con tanto esmero como su contenido.

En síntesis: una revista académica de alta calidad no existe sin inteligencia crítica, claras metas metodológicas y epistemológicas, evaluación exigente y certera; pero tampoco existe sin una pluma afinada y cuidado editorial y, ni qué decirlo, sin la periodicidad inherente a toda revista. Sin olvidar cuando se requiera de la apoyatura gráfica que sirva a la vez como documento y como texto.

Estas pautas, que para algunos pueden parecer extrañas, son pan comido en todas aquellas publicaciones periódicas que gozan de merecido prestigio, e intentan resumir algunas de las lecciones que se pueden recoger de ellas. Primero, que una publicación periódica esté abierta a todos los vientos de la historiografía actual, pero valore especialmente aquellos que la empujen en el rumbo que se ha marcado. Segundo, la necesidad de que una dirección y un consejo asesor sean rigurosos con el proyecto intelectual de su revista, y mantengan una exigencia de calidad en todas las colaboraciones, amparada por un sistema profesio-

---

nal de evaluación confidencial realizada por especialistas. Finalmente, también, que se tenga una sana preocupación por el cuidado de la forma, tanto en la elaboración de cada artículo cuanto en la presentación de cada número.

Hay que concluir reconociendo que éstos son algunos de los retos que ha decidido enfrentar *Op. Cit.* al introducir ya algunas novedades, tales como la creación de una sección que estimule el debate historiográfico, metodológico y teórico y la programación de secciones o números monográficos, que ha llamado “territorios compartidos”, abiertos a distintos enfoques sobre temas específicos. Quiero pensar también que invitar a un comité asesor, plural en sus intereses y orígenes geográficos, también significa la apertura a la historia comparada que sitúe a Puerto Rico en su hábitat histórico por antonomasia —aunque no exclusivo—: Latinoamérica y el Caribe, y lo contraste con aquellos otros que, como España y los Estados Unidos, durante cinco siglos han pretendido aislarlo de su entorno.

Claro está que quedan otras asignaturas pendientes, y esto lo sabe mejor que ninguno la Junta Editora de *Op. Cit.* Pero lo innegable es que el camino se está trazando y construyendo, y que en Puerto Rico, a quienes todavía pregunten: ¿revistas, para qué?, se les podrá responder sin vacilación: “Vean cómo desde las páginas de *Op. Cit.* se están librando admirables combates por la historia”.